

El viento soplabá, y Cristina, tiritando, anegados en llanto los ojos, sentía que el puente daba vueltas bajo sus pies, como si la arrebatara en un deshielo de todo el horizonte. ¿No se había movido Claudio? ¿no saltaba por encima del pretil? No; todo recobraba su inmovilidad; y volvía á encontrarle en el mismo sitio, en su obstinada rigidez, fijos los ojos en el cabo de la Cité, que no veía.

Allí había acudido, llamado por ella, y no la distinguía, en el fondo de las tinieblas. Sólo percibía los puentes, esbeltos esqueletos de sillería destacándose en negro, sobre el agua centelleante. Después, más allá, todo se anegaba, la isla caía en la nada, y ni siquiera habría adivinado su emplazamiento, si los coches de alquiler rezagados no hubiesen intercalado, por momentos, á lo largo del Pont-Neuf, esas chispas brillantes que recorren todavía las brasas apagadas. Nada más se agitaba. Una linterna roja, al nivel de la presa de la Monnaie, lanzaba en el agua un hilito de sangre. Algo enorme y lúgubre, un cuerpo á merced de la corriente, sin duda una pinaza desamarrada, descendía lentamente entre reflejos, á veces visible, otras tragada por la sombra. ¿Dónde había zozobrado la isla triunfal? ¿Sería, acaso, en el fondo de aquellas incendiadas olas? Y seguía mirando, invadido gradualmente por ese gran murmullo del río en la oscuridad. Inclínabase sobre aquel foso tan ancho, frío como un abismo, donde danzaban las misteriosas llamas. El majestuoso y triste ruido de la corriente lo atraía; oía su continuo llamamiento, desesperado hasta la muerte!

Cristina, esta vez, por una punzada en el corazón, comprendió que acababa de cruzar por su mente la idea terrible. Tendió sus vacilantes manos, que la brisa flagelaba. Pero Claudio había

permanecido erguido, luchando contra esa delicia de morir; y prosiguió inmóvil otra hora más, sin conciencia del tiempo, clavadas siempre sus miradas allá, en la Cité, como si, por un milagro de potencia, sus ojos fuesen á producir la luz y á evocarla, para volverla á ver.

Cuando por fin Claudio abandonó el puente dando traspiés, Cristina hubo de adelantársele y correr, para llegar á la calle Tourlaque antes que él.

## XII

Aquella noche, con el desapacible cierzo de noviembre que soplabá á través de su cuarto y del vasto taller, se acostaron á las tres de la madrugada. Cristina, jadeante aún de haber corrido, se metió con presteza entre sábanas, para ocultar que le fué á los alcances, y Claudio, abrumado de fatiga, se desnudó sin decir palabra. Muchos meses hacía que se helaba su hogar; se tendían en su cama uno junto á otro, tras la lenta ruptura del vínculo corporal: voluntaria abstinencia, teórica castidad á que le forzaba la necesidad de consagrar toda su fuerza viril á la pintura, y que ella había aceptado con altivo y mudo dolor, á despecho del tormento de su pasión. Y nunca tanto como aquella noche había sentido entre ellos tal obstáculo y semejante frío glacial, como si ya nada desde entonces pudiera enardecer su ternura y echarles de nuevo en brazos uno de otro.

Durante más de un cuarto de hora ella luchó con el sueño que la invadía. Estaba muy cansada; se amodorraba, y sin embargo, no quería ceder, temerosa de dejarle despierto. Para dormir tranquila, aguardaba cada noche á que antes se durmiera él. Pero él no apagó la luz; permaneció



con los ojos fijos en la llama que le deslumbraba. ¿En qué estaría pensando? ¿Seguiría con el pensamiento allá, en medio de la noche, en el ambiente húmedo de los muelles, contemplando á París, tachonado de estrellas, como un cielo de invierno? ¿Y qué interna lucha, qué designio se pintaba en su faz convulsa? Mas luego, sin poder resistir al sueño, cayó en la nada de sus grandes fatigas.

Una hora más tarde, tuvo como una sensación de vacío, cierta angustia y malestar que la despertó sobresaltada. Inmediatamente acudió á tocar con la mano el sitio enfriado junto á ella: no estaba él; y sin embargo, lo había sentido dormir. Azorada, medio dormida aún, turbia la cabeza, zumbándole los oídos, percibió de pronto por la puerta entreabierta una ráfaga de luz procedente del taller. Se serenó; pensó que Claudio habría ido á buscar algún libro, molestando por el insomnio. Pero al cabo, viendo que no volvía, acabó por levantarse de puntillas para ver. Y lo que vió la dejó trastornada, plantada en la puerta, con los pies descalzos, y con tan viva sorpresa, que no osó presentarse de pronto.

Claudio, en mangas de camisa á pesar del tiempo, sin que se hubiese vestido más que un pantalón y calzado unas zapatillas, con la prisa que traía, se hallaba subido á la gran escala, delante de su cuadro. Tenía á sus pies la paleta, en una mano la luz, y con la otra pintaba. Con los ojos abiertos como un sonámbulo y los ademanes acompasados y rígidos, bajábase á cada instante para coger un poco de color, se erguía otra vez, proyectando en la pared una sombra fantástica, con movimientos de autómata. Y ni el más leve rumor, nada; sólo reinaba en el inmenso aposento un silencio espantoso.

Cristina, temblando, adivinaba qué ocurría: la

obsesión, el insomnio causado por aquel rato de contemplación en el puente de Saints-Pères, le traía ahora á su obra, devorado del ansia de verla á pesar de la noche. Sin duda; sólo había subido á la escala para apacentar en ella la mirada de más cerca. Pero luego, torturado por algún tono falso, molestando por aquel defecto hasta el punto de no poder aguardar la luz del día, había cogido un pincel, primero con el deseo de un simple retoque, llevado luego de corrección en corrección hasta pintar como un sonámbulo, con la bujía entre los dedos, y alumbrado por aquella pálida claridad que perturbaba con sus propios gestos. Le había sobrecogido otra vez el impotente anhelo de crear, y se fatigaba en ello, á despecho de la hora, á despecho del mundo; ¡quería vivificar su obra inmediatamente!

¡Ah, con qué compasión, con qué ojos arrasados en lágrimas le observaba Cristina! Por un momento se le ocurrió dejarlo entregado á su loca tarea, como se deja á un maníaco en brazos de su locura. Nunca jamás acabaría aquel cuadro; esto era lo cierto, desde aquel instante. Meses ha que se afanaba en él, y cuanto más hacía más aumentaba la incoherencia; empastelaba el cuadro con tonos pesados; estaba torpe y vacilante en el dibujo. Los mismos fondos, el grupo de los cargadores, antes sólidamente construído, se echaba á perder; y se obstinaba en querer terminarlo todo antes de pintar la figura central, la mujer desnuda, que seguía siendo el temor y el deseo de sus horas de trabajo, el vértigo que acabaría con él el día que se esforzase en hacerla más viviente. Semanas hacía que no daba una sola pincelada, lo cual tranquilizaba á Cristina y le infundía cierta tolerancia y compasión á pesar de sus rencorosos celos; mientras no volviese



á aquella su deseada y temible manceba, no se creía engañada.

Se iba otra vez á la cama, sintiendo los pies helados, cuando una sacudida la hizo desistir. Al principio no comprendía qué estaba haciendo él, pero ahora lo veía claro. Con el pincel saturado de color, estaba redondeando, acariciando exuberantes formas; sonreían sus contraídos labios con inmóvil risa, sin sentir siquiera resbalar por los dedos las ardientes gotas de la bujía, mientras alzaba y bajaba el brazo y removía con su pincel apasionadamente y silencioso, un negro amasijo de color, un enmarañado abrazo de miembros en cópula brutal. ¡Estaba pintando la Mujer!

Entonces, Cristina abrió la puerta y se adelantó movida por invencible rebeldía, la ira de la esposa abofeteada en su propio hogar, engañada mientras duerme, en el vecino aposento. Sí; estaba con la otra, pintando el vientre y los muslos como un visionario loco de remate, á quien el tormento de lo verdadero arrojaba en la exaltación de lo irreal. Los muslos se doraban como columnas de tabernáculo, el vientre adquiría el fulgor de un astro, relumbrando con amarillo y rojo puros, espléndidos, inverosímiles. Tan extravagante compuesto, donde parecían centellear piedras preciosas como en una custodia, para alguna adoración religiosa, acabó de irritarla. Harto había sufrido ya; no quería tolerar por más tiempo aquella traición.

Sin embargo, mostróse al principio sólo desesperada y suplicante; era sólo la madre que reñía á su loco artista.

—Claudio, ¿qué estás haciendo?... ¡Pero es esto racional, Claudio! Ven, por Dios; ¡acuéstate, no sigas aquí, que vas á lastimarte!

El no la oía siquiera al parecer; se agachó

para mojar su pincel, y refulgieron las ingles acusadas por dos trazos de vivísimo carmín.

—Claudio, oye..., por Dios... vamos. Ya sabes cuánto te amo; ¡en qué inquietud me dejaste!... Ven, si no quieres que me muera también de frío aguardándote.

Hosco, sin mirarla, contestó con ahogada voz, mientras adornaba el ombligo de la figura con pétalos azules:

—¡Déjame en paz!... estoy trabajando.

Breve rato permaneció Cristina sin decir palabra. Erguíase irritada, sublevada, chispeándole los ojos, ceñuda y sombría, ella tan suave y encantadora. Y á poco estalló su ira con el rugido de la esclava que apuró por fin su paciencia:

—¡Pues bien, no, no quiero dejarte!... Basta; quiero decir cuánto me está haciendo padecer, cuánto me está matando, desde que te conozco. ¡Ah! la pintura, sí, tu pintura; me asesina, ¡ha envenenado mi vida toda!

En esto, Claudio escuchaba con sorpresa aquel alarido de pesar, no bien despierto todavía, tras su sueño exasperado de creador, y sin comprender claramente por qué hablaba ella en tales términos. Aquel estupor, aquel estremecimiento del hombre sorprendido é interrumpido en medio de sus excesos, la exaltó todavía más; se encaramó en la escalera, arrancóle la bujía de la mano y la paseó por delante del cuadro:

—¡Mira; mira á lo que has llegado! Es repugnante, es horrible, es grotesco; fuerza es que lo veas al fin. ¿Has visto qué fealdad? ¿qué necesidad? Claro ves que has sido vencido. ¿A qué obstinarte? Esto no tiene sentido común; que es lo que más me irrita... Si no puedes ser un gran pintor, nos queda al menos la vida... ¡ah!... la vida, la vida!

Puso la bujía en la plataforma de la escala, y



como él se bajara á tropezones, saltó ella para cogerle, y ambos se encontraron abajo; él, caído sobre el último peldaño, ella, acurrucada junto á él, estrechándole ambas manos inertes que se dejó coger sin resistencia.

—Veamos, oye; nos queda la vida... Echa fuera tu pesadilla, y vivamos, vivamos juntos... ¿No es una tontería, siendo como somos no más que dos, que nos empeñemos en envejecer, y torturarnos así y no saber hacernos mutuamente felices?... Pronto ha de tragarnos la tierra... vamos... cuidemos de cobrar ánimo, y de vivir, y amarnos... ¡Acuérdate de la temporada que pasamos en Benecourt! Oye mi proyecto... Quisiera llevárteme mañana que fuera... Nos iríamos bien lejos de este París maldito; ya hallaríamos en cualquier lado algún rincón tranquilo, y tú verías cómo sabría hacerte feliz: ¡qué dulce sería olvidarlo todo en brazos uno de otro! Por la mañana durmiendo en nuestra gran cama; después, saldríamos á vagamundear, á tomar el sol; luego, el almuerzo, oliendo á gloria, la perezosa siesta, la velada, junto á la lámpara. ¡Y fuera atormentarse por quimeras! sólo la dicha de sentirse vivir... ¿No te basta que te ame, que te adore, que consienta en ser tu criada y en existir únicamente por tu felicidad?... Oye; te amo; no hay en el mundo más que eso; esto basta: ¡te amo!

Retiró él sus manos, y dijo tristemente, rehusando con un gesto:

—No, no basta... No quiero irme contigo, no quiero ser feliz, quiero pintar.

—Y que yo me muera ¿verdad?... ¡y que te mueras tú y que acabemos los dos por consumir en ello nuestra sangre y nuestras lágrimas!... No hay más que el arte; es el Omnipotente, el Dios cruel y severo que fulmina contra nosotros sus

rayos y á quien veneras. Puede aniquilarnos: es nuestro dueño; ¡y le darás las gracias!

—Sí; suyo soy; ¡que haga de mí lo que quiera! Me moriría si dejara de pintar; prefiero pintar y morirme... Además de que mi voluntad no entra en eso para nada; nada existe fuera de esto; ¡húndase el mundo!

Irguióse de nuevo ella, otra vez sublevada de cólera. Su voz se volvía dura y arrebatada:

—Pero yo vivo, y ellas, las mujeres que tú amas, están muertas... ¡Oh! no lo niegues; ya sé que todas esas mujeres pintadas son tus queridas. Hace ocho meses y siete días ¡los he contado! ocho meses y siete días que no me has dicho una palabra de amor!

Continuó expresándose con osadía, con toda libertad, ella, la púdica y sensual á la vez, tan ardiente en los amorosos arrebatos como discreta y muda luego, rehusando la menor alusión y volviendo el rostro con avergonzadas sonrisas. Pero el deseo la exaltaba; semejante abstinencia era un ultraje. Y sus celos no se equivocaban ciertamente al seguir acusando á la pintura, porque Claudio reservaba su virilidad para la rival preferida. Bien sabía ella por qué la dejaba, siempre con la excusa de que tenía que trabajar y de que su fatiga se lo impedía luego. Lo cual, lentamente, por sus pasos contados, trajo la separación, y por fin el completo olvido. En el fondo, descubría ella la teoría, repetida delante de ella mil veces: el genio había de ser casto; ¡se debía por entero á su obra!

—Me rechazas—dijo violentamente Cristina,— me rechazas, huyes de mí como si te repugnara, para amar ¿qué? nada, una apariencia, un puñado de polvo, un poco de color sobre el lienzo... Pero, mírala, mírala otra vez siquiera tu mujer, ¡allá arriba! ¿ves en qué monstruo la has con-



vertido, en tu locura?... ¿Somos así, acaso? ¿con las piernas de oro, y flores pintadas en la piel?... ¡Despierta, abre los ojos, torna á la vida real!

Claudio, obedeciendo al imperioso gesto con que ella le mostraba el cuadro, se levantó y lo miraba. La bujía, sobre la plataforma de la escalera, alumbraba con claridad de cirio á la Mujer, mientras toda la inmensa habitación seguía sumergida en la sombra. Despertaba al fin de su sueño; la Mujer, vista desde abajo, retrocediendo un poco, le llenaba de estupor. ¿Quién acababa de pintar aquel ídolo de una religión desconocida? ¿Quién la había fabricado de metales, mármoles y piedras preciosas, abriendo la rosa mística de su sexo entre columnas preciosas y bajo sagrada bóveda? ¿Era él sin saberlo el obrero de aquel símbolo del deseo insaciable, imagen extra-humana de la carne, convertida en oro y diamante entre sus dedos, á impulsos del vano esfuerzo de crear la vida? Absorto, con la boca entreabierta, causóle terror su obra, tembló de aquel brusco salto más allá, comprendiendo perfectamente que ni la misma realidad ya le era posible, al cabo de su larga lucha para vencerla y amasarla más real todavía con sus manos de hombre.

—¿Ves? ¿ves?—repetía victoriosamente Cristina.

En tanto que él balbucía, por lo bajo:

—¡Ah!... ¿qué hice yo?... ¿Será que es imposible crear?... ¿será verdad que nuestras manos no tienen el poder de dar vida á nuevos seres?

Ella sintió que flaqueaba, y le estrechó entre sus brazos:

—Pero ¿á qué tales necedades? ¿por qué otra cosa que yo misma, que te amo? Me tomaste por modelo, quisiste sacar copias de mi figura. ¿A qué, dime? ¿Por ventura las copias valen más

que yo? ¡Si son espantosas, envaradas, frías como cadáveres!... Y yo te amo; quiero que seas mío! Es fuerza decírtelo todo: tú no me comprendes; cuando te rodeo, cuando me ofrezco como modelo, cuando estoy junto á ti, embebida en tu aliento, es que te amo ¿oyes? es que vivo ¡yo! ¡y quiero que seas mío!

Frenética, loca, se enlazó á él. Caía su pecho sobre el suyo, le oprimía, como si quisiera fundirse en él, en aquella última batalla de pasión. Era la misma pasión, roto todo lazo, desbordada, llameante, sin la casta reserva de otras veces, pronta á todo, con tal de vencer. Se hinchaba su rostro, desaparecían sus ojos de dulce mirar, su límpida frente bajo los despeinados rizos; sólo resaltaban ya las mandíbulas, la fuerte barba, los rojos labios.

—¡Oh! ¡no, deja!—murmuró Claudio. —¡Oh! ¡soy harto desgraciado!

Con su vehemencia peculiar, ella continuó:

—¿Crees por ventura que he envejecido? Sí; me decías que me echaba á perder y yo misma llegué á creerlo; mientras te servía de modelo, me miraba á ver si encontraría algunas arrugas en mi cutis... Pero no era verdad... ¡no! ¡Bien claro veo que no he envejecido, que sigo siendo joven y fuerte!

Y viendo que se resistía aún:

—¡Mira!

Retrocedió dos pasos y con altivo gesto se quitó la camisa y se encontró, desnuda, inmóvil, en la postura que tantas veces había guardado durante largas sesiones. Con un simple movimiento de barba, señaló la figura del cuadro:

—Puedes comparar; soy más joven que ella... En vano has adornado su cutis con joyas; está marchita como una hoja seca... ¡Pero yo me mantengo á los dieciocho años, porque te amo!



Y, en efecto, irradiaba juventud bajo aquella pálida claridad. Alzabase sin mancha en aquel acceso de pasión, con línea encantadora y suave, alto el seno, palpitante de deseo. No sentía el frío; era la misma carne, triunfante, libre, henchida de ardiente savia.

En esto ella le abrazó otra vez oprimiéndole contra su pecho, y sus manos, temblando de emoción, recorrían todo su cuerpo como si intentara fundirse con él acariciándole, tomando de él posesión, besándole con vehemencia, en el cutis, en la barba, en las mangas, en el aire. Espiraba su voz, hablaba con entrecortados sollozos, jadeante:

—¡Oh! vuelve en ti... ¡oh! amémonos... ¿No tienes sangre, por ventura, que te bastan vanas sombras?... Vuelve en ti y verás cuán dulce es vivir ¿oyes?... vivir uno en brazos de otro, pasar así las noches enteras y el siguiente día y siempre, ¡siempre así!...

Temblaba él y empezaba á devolverle su abrazo, movido del terror que le causaba la otra, el ídolo; ella redoblaba la seducción, lo ablandaba y lo conquistaba.

—Oye: sé que tienes una idea espantosa ¡sí! no me atrevía á hablarte de ello, porque no conviene atraernos la desgracia; pero me paso las noches en vela, me das miedo... Esta noche, te estuve acechando en aquel maldito puente, temerosa de que todo iba á concluir, que te perdía para siempre... ¿Dios mío, qué sería de mí?... porque sin ti, no puedo vivir... ¿Tú no querrás matarme, verdad?... ¡Amémonos, amémonos!

Entonces Claudio cedió, enternecido por aquella pasión infinita. Sentía inmensa tristeza, profundo desmayo de todo su sér, se deshacía su corazón. Abrazóla frenético, sollozando, balbuceando:

—Verdad, se me ha ocurrido una idea espan-

fosa, que hubiera realizado ya, á no faltarme el valor. ¿Pero puedo vivir todavía, cuando ya no me es posible trabajar? ¿Cómo vivir, después de aquéllo, después de lo que acabo de pintar y he malogrado completamente?

—Yo te amaré y tú vivirás.

—¡Ah! nunca me amarás bastante... Harto me conozco: necesitaría una dicha que no existe, algo que me lo hiciera olvidar todo... ¡A ti te falta ya el poder de dominarme, ya no puedes nada conmigo!

—Sí, sí, ya verás... Te cogeré así, te besaré en los ojos, en la boca, en todas partes. Te devolveré la vida estrechándote contra mi seno, seré tu alienato, tu sangre, tu carne...

Entonces, se declaró vencido, se abrasó en amor con ella, se refugió en sus brazos, cubriéndola de besos á su vez.

—¡Pues bien, sálvame, sí! Tuyo soy, si no quieres que me mate... Inventa un nuevo goce, dame á conocer algo que me retenga... Adorméceme, anonádame, conviérteme en un dije tuyo, bastante esclavizado y chiquito para refugiarme entre tus pies, en tus propias zapatillas... ¡Ah! ¡descender á esto, ¡vivir sólo de tu perfume, obedecer como un perro, comer, dormir y sentir que eres mía! ¡si yo pudiera, si yo pudiera!

Ella lanzó un grito de victoria:

—¡Por fin eres mío! Sólo yo existo; la otra ha muerto para siempre!

Y arrancándolo de la execrada obra, lo arrastró á su cuarto, hasta su cama, rugiendo, triunfante. En lo alto de la escalera, la bujía que estaba apurándose, parpadeó un instante y luego se extinguió. Dieron las cinco; ni la más leve ráfaga de luz alumbraba aún el brumoso cielo de noviembre. Y todo se sumió en frías tinieblas.

Cristina y Claudio cayeron rodando de través



en la cama. Fué aquello un arrebató; jamás habían sentido semejantes transportes, ni aún en los primeros días de su amor. Todo aquel pasado henchía de nuevo su corazón, pero retoñando con tan aguda vehemencia, que los embriagaba hasta el delirio. Llameaba la oscuridad en torno suyo; volaban con alas de fuego más allá de la tierra con acompasados aletazos, continuos, siempre elevándose. El mismo, suspirando, lejos de su miseria, olvidado de todo, renacía á una vida de felicidad. Ella le forzó á blasfemar, provocativa, imperiosa, con sensual carcajada de orgullo: «¡Di que la pintura es una necesidad!—La pintura es una necesidad.—Di que no volverás á trabajar, que te importa un pepino, que quemarás tus cuadros para darme gusto!—Quemaré mis cuadros, no volveré á trabajar.—Di que yo te basto, que tu única dicha es tenerme así, como me tienes; que á las otras, á las que has pintado, les escupes en el rostro!—Sí, les escupo, tú me bastas.» Y ella le estrechaba hasta ahogarle, ella le poseía, ella! Y arrebatados del vértigo, perdiéronse de nuevo á través de los astros. Renacía su ternura; tres veces parecióles cruzar el cielo de uno al otro horizonte. ¡Qué inmensa dicha! ¿Cómo no habían pensado antes en aliviarse de su pesar, con aquella dicha cierta? Y ella seguía ofreciéndole su amor, y sería dichoso, salvo ¿verdad? puesto que sentía aquella embriaguez.

Despuntaba el día cuando Cristina, arrobada, muerta de sueño, se durmió en brazos de Claudio, y enlazada á él como para asegurarse de que ya no se le escaparía, reclinada la cabeza sobre aquel pecho varonil que le servía de tibia almohada, respirando suavemente, con la sonrisa en los labios. El había cerrado los ojos; pero á despecho de la fatiga que le abrumaba, volvió á entreabrirlos y miró en la sombra. Perseguido por el insom-

nio, atontado como estaba, mil ideas confusas le asaltaron en tropel, conforme se iba enfriando y desprendiéndose de la voluptuosa embriaguez que había estremecido todo su cuerpo. Cuando amaneció y empañó los cristales de la ventana una mancha amarillenta y sucia de cieno líquido, estremeciéndose y creyó oír una voz que le llamaba á gritos, del fondo del taller. Todas sus ideas le asaltaban de nuevo, desbordaban, le torturaban, arrugaban su semblante, contraían sus mandíbulas y su boca con amargo gesto de disgusto y daban á su rostro el aspecto de un viejo estragado. En aquel momento, sentía pesar sobre él, como plomo, aquella pierna de mujer que le hacía sufrir como un instrumento de suplicio, que le trituraba las rodillas, en castigo de inexpiados delitos; y aquella cabeza caída sobre sus hombros le ahogaba, sofocaba con su enorme peso los latidos de su corazón. Mucho rato estuvo sin querer molestarla, á pesar de la lenta exasperación de todo su cuerpo, á pesar del asco y del odio irresistibles que le sublevaban. Irritábale sobre todo el penetrante olor del destrenzado moño. De golpe, en el fondo del taller, llamóle por segunda vez y á gritos la voz imperiosa. Y se decidió; todo había concluído, sufría demasiado, le era imposible vivir, puesto que todo mentía y que nada satisfacía en absoluto. Primero, dejó que se deslizara la cabeza de Cristina sonriendo aún; luego, hubo de moverse con infinitas precauciones para escurrir sus piernas del lazo que las tenía aprisionadas, y, poco á poco, fué apartando la de la mujer con natural movimiento, como si cediera á su propio peso. Había roto las cadenas; por fin era libre. Tercer llamamiento obligóle á apresurarse; pasó á la contigua habitación, diciendo:



—¡Sí, sí, voy!

El día no se aclaraba, sucio y triste, uno de aquellos días lúgubres de invierno; y al cabo de una hora despertó Cristina helada, estremecida. Al principio, no comprendió lo que pasaba. ¿Por qué estaba sola? Luego se acordó de haberse dormido, puesta la mejilla sobre el pecho de Claudio, enlazada á él. ¿Siendo así, cómo había podido levantarse? ¿Dónde estaba? De pronto, á pesar de su modorra, se arrojó de la cama, corrió hacia el taller. ¡Dios mío! ¿Habría vuelto junto á la otra? ¿Se lo habría robado otra vez, cuando estaba creída de haberlo reconquistado para siempre?

A la primera ojeada nada vió. El taller le pareció desierto, alumbrado por la fría y turbia claridad del día. Pero cuando se serenaba, en vista de que no había nadie, levantó los ojos hacia el lienzo y exhaló un alarido terrible por la entreabierta boca:

—¡Claudio! ¡oh, Claudio!

Claudio se había ahorcado de uno de los travesaños de la escalera, en frente de su obra malograda. Había cogido simplemente una de las cuerdas de que colgaba el bastidor, y subiéndose á la plataforma, ató un cabo al travesaño de madera, clavado un día por su propia mano para asegurar los montantes. De allí se dejó caer en el aire. En camisa, con los pies desnudos, horrible, con la lengua negra colgando, los ensangrentados ojos saltándole de las órbitas, pendía estirado, rígido, inmóvil, espantoso, vuelta la cara hacia el cuadro, junto á la mujer que mostraba aún la simbólica rosa mística, como si le hubiese infundido su alma con su último estertor y se hubiese quedado mirándola todavía, fijas en ella las pupilas. Y en esto, Cristina permanecía en pie, arrebatada de dolor, de espanto y de cólera

que henchían su cuerpo. De su boca no salía más que un continuo rugido. Abrió los brazos, los tendió hacia el cuadro, cerrando los puños:

—¡Oh, Claudio! ¡oh, Claudio!... ¡Te volvió á arrebatarte, te mató, te mató, te mató la perdida!

Y flaquearon sus piernas, dió una vuelta y se desplomó sobre el pavimento, al peso de aquella derrota extrema. El exceso del dolor había agolpado toda la sangre al corazón, y así permaneció desvanecida en el suelo, como muerta, semejante á pálido despojo, miserable, rematado, aplastado por la salvaje omnipotencia del arte. Por encima de ella irradiaba la mujer con sus simbólicos fulgores de ídolo; la pintura triunfaba; sólo ella permanecía inmortal y en pie hasta en su demencia.

\*  
\*  
\*

El lunes siguiente, después de las formalidades y el retraso ocasionados por el suicidio, cuando Sandoz llegó por la mañana á las nueve para el entierro, sólo halló unas veinte personas en la acera de la calle Tourlaque. Tres días hacía que, á pesar de su inmensa pena, se veía forzado á correr de un lado para otro, ocupándose de todo: primero, tuvo que trasladar al hospital Lariboisière á Cristina, que hallaron moribunda sobre el pavimento; luego, hubo de correr de las oficinas del municipio á la funeraria y á la iglesia, pagando en todas partes, cediendo al uso, indiferente á todo, ya que los curas consentían en encargarse de aquel cadáver con un surco negrozco alrededor del cuello. Entre la gente que esperaba, no vió todavía más que algunos vecinos y muchos curiosos, mientras asomaban á las ventanas algunas cabezas susurrando por lo bajo,



excitadas por aquel drama. Sin duda los amigos llegarían más tarde. Nada había podido escribir á la familia, por ignorar las señas; pero se retiró á un lado, cuando vió llegar á dos parientes, á quienes sacó del olvido en que el mismo Claudio los tenía un par de secas líneas de los periódicos; eran: una prima de alguna edad, de aspecto sospechoso de cambalachera, y un primo, muy rico, condecorado y propietario de uno de los grandes almacenes de París, elegante en extremo, deseoso de mostrar su ilustrada afición á las artes. En cuanto llegó, la prima subió al taller, dió por él una vuelta, husmeó aquella miseria y volvió á bajar muy ceñuda é irritada de haber echado en balde su viaje. Por el contrario, el primo se estiró, y se puso á la cabeza del séquito, presidiendo el duelo con altivo porte y con la mayor finura y distinción.

En el punto en que echaban á andar, llegó Bongrand y se puso al lado de Sandoz, después de cambiar un apretón de manos. Iba muy afligido, y murmuró, tras haber echado una ojeada á las quince ó veinte personas que seguían:

—¡ Ah, pobrecillo!... ¡ Cómo!... ¿ Sólo estamos los dos?

Dubuche se hallaba en Cannes, con sus hijos; Jory y Fagerolles se abstenían de asistir, el uno por horror á la muerte, el otro por sus muchas ocupaciones. Sólo Mahoudeau alcanzó el entierro en la cuesta de la calle Lepic, y dijo que á Gagnière se le habría escapado el tren, sin duda.

A lento paso subía el féretro la empinada cuesta, cuyo atajo da la vuelta por la vertiente de la colina Montmartre. A intervalos, al extremo de las calles transversales en declive, por los boquetes que parecían de súbito á los ojos, se divisaba la inmensidad de París, profunda y ancha como un mar. Cuando desembocó el cortejo de-

lante de la iglesia de San Pedro, y bajaron allí el ataúd, dominó un instante la gran ciudad. El cielo era de invierno, gris; volaban por él, empujadas por el viento glacial, grandes nubes de vapores, y sumergida en aquella niebla la ciudad, parecía agrandada y sin límites, cubriendo el horizonte con su marejada amenazante. El pobre muerto que había querido conquistarla, y que perdió la vida en la demanda, pasaba por delante de ella, clavado bajo la tapa de madera, para volver á la tierra, como una de aquellas olas de lodo que la ciudad arrojaba.

Al salir de la iglesia, desapareció la prima, y Mahoudeau hizo lo mismo. El primito volvió á ocupar su puesto, detrás del cadáver. Otras siete personas desconocidas se decidieron, y salió el entierro para el nuevo cementerio de Saint-Ouen, que el pueblo ha bautizado con el triste y lúgubre nombre de Cayenne. Eran diez.

—¡ Vaya, los dos solos, decididamente!—repitió Bongrand, emprendiendo otra vez la marcha junto á Sandoz.

En tanto, el entierro precedido del coche del duelo que ocupaban el cura y el monaguillo, bajaba por la otra vertiente de la colina, á lo largo de las calles revueltas y empinadas como los senderos de una montaña. El suelo estaba húmedo y los caballos del coche fúnebre resbalaban á cada paso; se oía el sordo rebotar de las ruedas.

Sandoz y Bongrand, poco á poco, se fueron quedando á la cola, como para separarse de aquella gente que no habían visto nunca. En el momento en que el féretro pasaba la muralla, inclinóse el segundo para preguntar:

—¿ Y la viuda? ¿ qué va á ser de ella?

—¡ Ah, qué pena tan grandel... Ayer fuí al Hospital, á verla. Tiene una fiebre cerebral, la pobre. El médico pretende que la salvará, pero que va



á quedar envejecida por lo menos de diez años, y sin fuerzas para nada... Ya sabe usted que acabó por olvidar hasta la ortografía. ¡Qué decadencia! una señorita rebajada al papel de una simple criada. Si no nos encargamos de ella, como de un valetudinario, acabará por lavar platos en cualquier parte.

—¡Y ni un cuarto, claro está!

—Ni un cuarto; presumí que encontraría los estudios que había hecho del natural para su gran lienzo, aquellos estudios magistrales de los que luego sacaba tan mal partido, pero en vano lo he registrado todo; los daba; alguien le saqueaba. Nada deja que pueda venderse, ni un solo cuadro, como no sea la inmensa tela que he destruído y quemado con mi propia mano y con toda mi alma, se lo aseguro á usted, como quien satisface una venganza.

Callaron un instante. La ancha carretera de Saint-Ouen se extendía en línea recta, al infinito, y á través de la campiña desnuda desfilaba el reducido y triste entierro, á lo largo de la calzada, por donde corría un verdadero río de barro.

—¡Ah!... aquellos cuadros que pintaba antes—repuso Bongrand,—todo lo que conservaba en el muelle Bourbon... ¿se acuerda usted?... ¡Qué magníficos fragmentos! ¿y los paisajes que trajo del Mediodía, y las academias del taller Boutin? unas piernas de niña... un vientre de mujer... éste sin duda lo tiene Malgrás. ¡Qué estudio tan magistral! Ninguno de los jóvenes maestros es capaz de pintarlo. ¡Ah, sí, sí! el chico no tenía pelo de tonto; ¡era simplemente un gran pintor!

—Cuando pienso—dijo Sandoz—que esos ridículos émulos de la Escuela y del periodismo le acusaban de perezoso é ignorante, y se repetían de unos á otros que siempre había rehusado aprender su oficio! ¡El, perezoso!... ¡él, á quien he

visto desfallecer de fatiga tras de haber estado trabajando diez horas!... ¡él, que se entregó en cuerpo y alma á la pintura, y se ha matado por su loco afán de trabajar! Nunca comprenderán que, cuando uno tiene la gloria de aportar algo nuevo, lo aportado deforma lo aprendido. Tamó bién ignoraba el oficio Delacroix, porque no podía ceñirse á la línea exacta. ¡Ah, necios! ¡buenos discípulos, anémicos, incapaces de la menor incorrección!

Dió algunos pasos en silencio, y luego añadió:

—Era un héroe de laboriosidad, un observador apasionado, que se había atiborrado la cabeza de ciencia, un temperamento de gran pintor dotado admirablemente... ¡Y no deja nada!

—Absolutamente nada; ni un solo cuadro—declaró Bongrand.—Sólo conozco de él esbozos, croquis, apuntes; todo el bagaje de un artista, que no puede presentarse al público... ¡Realmente vamos á enterrar á un muerto, bien muerto!

En esto debieron apresurar el paso; se quedaban rezagados conversando; y delante de ellos, después de haber cruzado por algunas tabernas y tiendas de objetos fúnebres, el coche doblaba la esquina de la avenida que conducía al cementerio. Le alcanzaron, y pasaron la puerta con el reducido cortejo. El cura con sobrepelliz y el monaguillo, que habían bajado del coche, iban delante.

—¡Demonio!—dijo Bongrand.—¡No está muy alegre eso!

—¿Para qué?—dijo Sandoz;—al menos está cómodo... y se respira. ¡Aun sin sol, mire usted qué color tan bonito tiene!

En efecto, bajo el cielo gris de aquella mañana de noviembre y con el penetrante hálito del cierzo, las tumbas bajas, cargadas de guirnaldas y coronas de perlas, ofrecían finísimos matices, de encantadora delicadeza. Había algunas todas blan-



cas, otras todas negras, según las perlas, y relucía suavemente el contraste, entre el pálido verde de los arbolillos. Sobre estas tumbas alquiladas por cinco años, las familias agotaban las manifestaciones de su culto, apilando, prodigando los objetos, que con el reciente día de Difuntos se ostentaban flamantes. Sólo las flores naturales, entretejidas con guirnaldas de papel, se habían marchitado ya. Algunas coronas de siemprevivas relucían como si fueran de oro cincelado recientemente. Pero fuera de esto, sólo se veían en todas partes perlas; todo chorreaba perlas, cubriendo las inscripciones, las piedras, las cercas: perlas formando corazones, guirnaldas, medallones, marcos que contenían algunas pinturas sobre cristal: pensamientos, manos enlazadas y sedosas trenzas, fotografías de mujer de á doce reales la docena, amarillentas, míseros rostros feos y conmovedores, con forzada sonrisa.

Y mientras el féretro seguía la avenida del Rond-Point, Sandoz, volviendo á acordarse de Claudio con aquella observación de pintor, continuó conversando:

—¡He aquí un cementerio que hubiera comprendido él, tan entusiasta por todo lo moderno! Sin duda padecía el pobre físicamente, estragado por esta fuerte lesión del genio; tres gramos más ó tres gramos menos, como decía él, cuando acusaba á sus padres de haberle engendrado de tal modo contrahecho. Pero su mal no era exclusivamente propio suyo; ha sido también víctima de la época. Sí, nuestra generación se ha empapado de romanticismo hasta la barba, y por más que hemos querido secarnos y tomar un baño de realidad vigorosa, la mancha persiste y todas las coladas del mundo no quitarán el olor.

Bongrand sonreía:

—Lo que es yo, estoy empapado hasta las ce-

jas. Todo mi arte se nutrió en el romanticismo; yo mismo soy un impenitente. Si es verdad que mi última parálisis no reconoce otra causa, ¿qué importa?... Yo no puedo renegar la religión de toda mi vida. Pero la observación de usted es muy exacta: ustedes mismos, los sublevados contra ella, á ella pertenecen todavía. El mismo salió á la postre con aquel símbolo extravagante de la Mujer desnuda, en medio de los muelles.

—¡Ah! ¡la tal Mujer!—interrumpió Sandoz;— ella ha sido quien le estranguló. ¡Si usted supiera cómo confiaba en aquella figura! ¡Nunca pude lograr arrancarla de su imaginación!... Siendo así, ¿cómo quiere usted que tengamos la visión clara de las cosas, y el cerebro equilibrado y sólido, cuando retoñan en él tales fantasmagorías? Aun después de la de ustedes, nuestra generación está demasiado atiborrada de lirismo para producir obras verdaderamente sanas. Será necesaria otra, ó dos más tal vez, antes que se pinte y se escriba lógicamente y con la pura y alta sencillez de la verdad. Sólo la verdad, sólo la naturaleza es la base posible, la ley necesaria, fuera de la cual empieza la locura; y no hay que temer, con eso, rebajar la obra; el temperamento existe en ellas, y el temperamento arrebatará al artista. ¿Por ventura hay quien sueñe con negar la personalidad propia, el involuntario impulso que deforma é imprime carácter á nuestra pobre creación?

Volvió el rostro, y añadió de pronto:

—¿Qué es eso que arde? ¿Encienden también por aquí luminarias?

El féretro acababa de dar la vuelta, llegado al Rond-Point, donde se hallaba el osario, la fosa común, atestado lentamente con todos los despojos de las huesas y cuya piedra central, en medio de un seto circular cubierto de césped, desaparecía bajo el hacinamiento de las coronas,



que deponía allí á la ventura la piedad de los deudos pobres, que ya ni sus muertos poseían. Y en el punto en que el coche fúnebre rodaba suavemente por la avenida transversal número 2, sonó un chisporroteo de hoguera, é inmensa nùbe de humo fué extendiéndose luego por encima de los plátanos que bordeaban el arroyo. Iban acercándose poco á poco, y divisaban á lo lejos un gran montón de terrosos objetos, que ardían. Luego, acabaron por comprender qué era. Se hallaba el montón á un extremo de un vasto cuadro, que habían socavado profundamente con largos surcos paralelos, para ir echando fuera los ataúdes y hacer sitio á otros cadáveres, del modo que el labrador remueve la tierra antes de sembrarla de nuevo; abrían su ancha boca las huesas, y los montones de tierra arcillosa se esponjaban al aire; lo que ardía en aquel recodo campestre eran las podridas tablas de los ataúdes, desvencijadas, comidas de tierra, hundidas en rojizo lodo. Se empeñaban en no arder, húmedas todavía de humana podredumbre; restallaban con sordas detonaciones, humeaban sólo con creciente intensidad; espesa humareda que subía al cielo y que el cierzo de noviembre abatía, y hacía girones de color rojizo sucio, flotantes entre las tumbas bajas de una mitad del cementerio!

Sandoz y Bongrand miraban sin decir palabra. Luego, cuando hubieron pasado más allá de la hoguera, el primero repuso:

—No, no ha sido el hombre de la fórmula que traje. Quiero decir que no tuvo la mirada de genio bastante clara para plantarla en pie é imponerla con una obra definitiva. Y observe usted, sin embargo, cómo en torno suyo, y después de él, se diseminan los esfuerzos. Todos se limitan á simples esbozos, á precoces impresiones, sin que ni uno solo parezca ser el maestro esperado. ¿No

es, por ventura, irritante esa nueva apuntación de la luz, esa pasión de la verdad llevada hasta el análisis científico, esa evolución tan original en sus comienzos y que se queda rezagada, y cae en manos de los habilidosos, sin llegar á su definitiva madurez, porque no ha nacido el hombre necesario? Pero, ese hombre nacerá; ningún esfuerzo se pierde; ¡fuerza es que se haga la luz!

—¿Quién sabe? no siempre—dijo Bongrand.— También la vida aborta alguna vez... Porque yo... atiendo perfectamente á lo que usted dice, pero desespero de todo. Estoy reventando de tristeza, y siento que todo se hunde. ¡Ah, sí; el ambiente de nuestra época es malsano; créalo usted; el fin de este siglo está atestado de demoliciones, de monumentos desvencijados; su suelo, removido una vez y otra, exhala hediondez de muerte. ¡Cómo mantenerse sano en una atmósfera así! Los nervios se descomponen y la neurosis general hace el resto; el arte se perturba, y vienen los empellones, y la anarquía, y la locura de la personalidad, que apura sus medios. Nunca hemos discutido tanto, y nunca hemos visto menos claro, que desde que pretendemos saberlo todo!

Sandoz, que había palidecido, miraba á lo lejos flotar empujada por el viento la rojiza humareda:

—Este es el resultado fatal—dijo á media voz, como pensando para sí;—semejante exceso de actividad y orgullo de saber, debía arrojarnos á la duda; nuestro siglo, que tanta luz ha esparrado en torno, había de acabar amenazado de nuevas tinieblas... Sí; ésta es la causa de nuestro mal-estar. Hemos prometido demasiado, hemos esperado demasiado, hemos creído llegada la conquista y la explicación de todo, y la impaciencia se revuelve rugiendo. ¿Qué?... ¿No se adelanta más? ¿La ciencia no nos ha dado todavía, tras



cient años de esfuerzos, la certeza absoluta, la dicha perfecta? Pues entonces, ¿á qué continuar, puesto que nunca hemos de saberlo todo, y que nuestro pan seguirá siendo tan amargo como antes?... De aquí, la bancarrota de nuestro siglo; el pesimismo nos roe las entrañas; el misticismo anula las inteligencias. En vano hemos barrido la tierra de fantasmas, con las ráfagas de luz del análisis; lo sobrenatural vuelve á emprender las hostilidades y el espíritu de las leyendas se revuelve contra nosotros y se empeña en reconquistarnos, en ese intervalo de fatiga y de angustia...!

Alteraba su voz profunda emoción; luego añadió:

—A menos que la locura no nos arroje en la oscuridad, y acabemos todos estrangulados por el ideal, como ese pobre amigo que descansa allí entre cuatro tablas.

El féretro dejaba la avenida transversal número 2, para doblar la esquina y meterse por la avenida lateral número 3. Sin decir palabra, el pintor señaló con la mirada al escritor una isla de sepulturas, que costaba el cortejo.

Era aquél un cementerio de niños; sólo se veían tumbas de niños perdiéndose á distancia en ordenadas hileras, y simétricamente separadas por estrechos caminos, como la infantil ciudad de la muerte. En todas partes se veían crucecitas blancas, rodeadas de pequeñas cercas blancas también, cubiertas con una eflorescencia de coronas blancas y azules hasta el suelo, y el tranquilo campo, de tan suaves tonos, azulados y lechosos, parecía florecer nutrido con la savia de los niños enterrados allí. En las cruces se leían las edades: dos años, seis meses, cinco meses. En una crucecita humilde, no cercada, fuera de la línea, plantada al sesgo en un sendero, se leía simplemente: «Eugenia, tres días». ¡Qué compasión causaba!...

¡No haber vivido aún y dormir ya aparte, del modo que en vida, los días de convite, se les hace comer también aparte, en una mesita baja!

Pero, por fin, el féretro se había detenido en medio de la avenida. Cuando Sandoz divisó la huesa ya dispuesta en el ángulo de la isla vecina, junta á la de los niños, murmuró con ternura:

—¡Ah! mi buen amigo Claudio, gran corazón de niño, ¡bien estarás junto á ellos!

Los sepultureros bajaron el ataúd. El cura aguardaba de mal talante, por el cierzo que soplabá; los enterradores, pala en mano, se disponían á su faena. De los vecinos, tres se habían quedado por el camino. Sólo eran siete. El primito, que andaba sombrero en mano, á pesar del mal tiempo, se acercó; se descubrieron los demás, é iba á empezar el rezo, cuando un agudo silbido hizo levantar la cabeza á todos.

En aquel terreno sin edificar todavía, al extremo de la avenida lateral número 3, pasaba un tren por el alto terraplén de la vía férrea de circunvalación que daba sobre el cementerio. La vertiente cubierta de césped llegaba hasta allí, y sobre el cielo gris resaltaban en líneas geométricas los palos y los alambres del telégrafo, una garita de un peón, y un disco, única mancha roja y vibrante. Al pasar el tren con tonante ruido, se distinguieron con toda claridad, como á través de un transparente de sombras chinescas, las siluetas de los vagones y hasta las personas sentadas junto á los ventanillos. La línea se destacó luego con toda precisión, como una simple raya de tinta china, cortando el horizonte; en tanto que sin tregua sonaban á lo lejos otros silbidos, clamando, lamentándose, agudos y coléricos, roncós de dolor, desgarrados de angustia. Luego se oyó un cuerno, con voz lúgubre.

—*Revertitur in terram suam unde erat...*—dijo;



recitando, el cura, que había abierto el libro y se daba prisa para terminar.

Pero ya no se le oía. Una gran locomotora llegaba resoplando y se puso á maniobrar precisamente encima de los que celebraban aquella ceremonia. La voz de esa otra máquina era estentórea y gruesa, su silbido, gutural, de melancolía de gigante. Iba, venía, jadeaba, mostraba al pasar su silueta de pesado monstruo. De golpe, soltó por sus válvulas el vapor con furia, con resoplidos de tempestad.

—*Requiescat in pace*—dijo el cura.

—*Amén*—respondió el monaguillo.

Pero nada se oyó, con aquel ruido atronador y zumbante que se prolongaba con la violencia continuada de una descarga de fusilería.

Exasperado, Bongrand se volvía á mirar la locomotora. Calló ésta un momento, y hubo un instante de alivio. A Sandoz se le arrasaron en lágrimas los ojos, ya conmovido por las frases que habían salido de sus labios, siguiendo el cadáver de su compañero, como si hubiesen continuado una de aquellas conversaciones que les habían embriagado otras veces; y en aquel momento, le parecía que iba á deponer en el seno de la tierra toda su juventud, una parte de sí mismo, la mejor sin duda: la de las ilusiones y el entusiasmo! Pero en aquel terrible segundo, vino un incidente á agravar su pena. Había llovido tanto los días anteriores, que ocurrió un súbito desprendimiento de tierras, y uno de los enterradores hubo de saltar á la huesa para vaciarla con lentas y rítmicas paletadas. Por lo visto, no se acabaría nunca, aquello se eternizaba entre la impaciencia del cura y la curiosidad de los cuatro vecinos que habían llegado hasta allí, sin que nadie supiera por qué. Y en tanto, por encima del terraplén, la locomotora maniobraba otra vez, retro-

cedía rugiendo y chorreaba fuego, incendiando la triste claridad del día con una lluvia de brasas.

Por fin, ya vacía la huesa, bajaron el ataúd, y pasó de mano en mano el hisopo. La ceremonia había terminado. En pie, y con su buen talante de hombre bien educado y amable, el primito despidió el duelo, y estrechó la mano de todas aquellas personas á quienes no había visto nunca, en memoria de aquel pariente cuyo nombre apenas recordaba la víspera.

—¡Pues hombre! ese mozuelo se porta—dijo Bongrand, tragándose las lágrimas.

Sandoz, sollozando, respondió:

—Sí, sí; se ha portado.

Todos desfilaron; el sobrepelliz del cura y del monaguillo se perdieron entre los árboles. Los vecinos, á la desbandada, vagamundearon por allí, leyendo las inscripciones.

Y Sandoz, decidiéndose á dejar la huesa, medio cubierta de tierra, añadió:

—Nosotros seremos los únicos que le habremos conocido... Después, nada; ¡ni siquiera un nombre!

—Dichoso él—dijo Bongrand—que ya no tendrá que pensar en el cuadro á medio concluir!... Mejor es largarse, que seguir empeñados como nosotros en engendrar enfermizas criaturas, á las que falta siempre algo, la cabeza ó las piernas, y que no logran vivir.

—Sí, fuerza es realmente deponer todo orgullo, y resignarse al casi, al poco más ó menos, é ir tirando como se pueda. Yo, que me esmero en mis libros hasta donde alcanzo, me desprecio sintiéndolos incompletos y falaces, á pesar de mis esfuerzos.

Pálidos, con lento paso, uno junto á otro, salían, pasando por delante de las infantiles tumbas, el



novelista entonces en el apogeo de su nombradía y en lo mejor de su laboriosa carrera, y el pintor en su ocaso y cubierto de gloria.

—Al menos, ahí tiene usted uno que ha sido lógico. Ha confesado su impotencia, y se ha suicidado.

—¡Es verdad!—dijo Bongrand,—si no estimáramos en tanto la propia vida, todos haríamos como él, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! Ya que nada podemos crear, y somos tan sólo débiles reproductores, tanto valdría rompernos la crisma de una vez.

Volvieron á pasar junto al humeante montón de los viejos y podridos ataúdes, que ardían á la sazón, y crugían chorreando mugre; pero apenas se veían las llamas, y sólo había ido creciendo la humareda acre y espesa, que el viento arrastraba en gruesas nubes, cubriendo todo el cementerio con un crespón de luto.

—¡Diablo! ¡las once!—dijo Bongrand sacando el reloj...—He de irme.

Sandoz soltó una exclamación de sorpresa:

—¡Cómo!... ¿las once, ya?

Recorrió con una mirada de desesperación, empañada de llanto, las bajas sepulturas, el vasto campo, sembrado de perlas, simétrico y frío.

Y luego añadió:

—¡Vamos á trabajar!

FIN







